

PALABRAS PARA VENEZUELA 2007

DEREK WALCOTT:

Quiero agradecer esta hospitalidad tan maravillosa que he recibido en la ciudad de Caracas, por la cual estoy sumamente agradecido y sorprendido. He estado muy preocupado en tratar de decidir qué es lo que debía decirles, porque no soy muy aficionado a dar discursos o a la prosa. Soy un mal pensador. Entonces yo pensé que quizás lo mejor que podía hacer era leerles una poesía, especialmente de un libro que se titula "Omeros".

La sección que les voy a leer trata de la experiencia de un pescador negro que se llama Achille o Aquiles, que sale a pescar un día y sufre una insolación, y en ese instante de insolación él viaja a África en su memoria, y como un sueño no tiene tiempo y no está marcado por la lógica todo lo que le sucede a Aquiles en ese momento de insolación ocurre en un instante y lo que sucede es que él regresa a África, a la Costa de África y su canoa ha sido transportada por un pájaro muy pequeño, por una golondrina.

Esta sección lleva a Aquiles a remontar un río donde llega a la aldea de sus ancestros. Ahí yo no sé cuántos tatarabuelos y bisabuelas se encuentran. Pero cuando los encuentra no se pueden comunicar porque se han separado en sus lenguajes.

Esto para mí está relacionado con el tema de esta conferencia, la cual me honra muchísimo en el sentido de que están impotentes, no pueden expresarse en los lenguajes, en el idioma que ellos conocen. Así que la experiencia africana en el Caribe es exactamente igual a la judía, a la española, o la china en el Caribe.

Una vez que nosotros cruzamos este meridiano, pues estamos llegando a un área del olvido y el esfuerzo del nuevo mundo implica un esfuerzo en recordar, y algunas veces esa memoria ha sido bloqueada forzosamente por esclavitud, por trabajos forzados, por masacres.

Entonces estas historias son tristes, son trágicas. La realidad de ello es que no importa cuán trágico sean estos episodios cuando los esclavos sencillamente fueron tirados por la borda, como si fueran cambures podridos, y eso es lo que eran: sencillamente era un cargamento, y cuando no servían, pues los botaban por la borda. Pero así como los cambures sanos pudieron sobrevivir, los esclavos sobrevivieron. Fue un trabajo de supervivencia y aguante, y esto incluye a personas de Europa como a personas de África. Personas que tuvieron que hacer un esfuerzo para renombrar así mismos, y eso hasta cierto punto es el poder de la expresión de saber quiénes somos.

El poema es un tributo entonces a la gente sencilla, a la gente que ha sido reducida. El héroe, o aún el anti héroe del poema, es un pescador y por naturaleza no es heroico, es sencillamente pobre y analfabeta. Pensé que cuando yo estaba escribiendo el libro quería brindarle un tributo a la vida y en realidad es un tributo a estas personas, a la forma cómo vivían. No son héroes maravillosos sino gente que se encuentra trabajando en la playa, haciendo su trabajo y, sencillamente, dándole su vida al mar.

Entonces cuando esta sección comienza, Aquiles sufre una insolación y trata de recordar quién es.

No era algo que pudiera olvidarse, como la bruma marina o el estruendo de las rompientes contra las abruptas playas de Senegal o de la Costa de Guinea. Agarró la tapara y la vació a chorros sobre su cráneo hirviente. Luego se volvió a sentar y trató de calmar el oleaje del vómito en su estómago.

Después empezó a desatar los nudos de la vela. Mientras tanto, el bobo de su compañero seguía tan tranquilo preparando la cesta del pescado. El tiempo es la métrica, la memoria la única trama.

Recordaba este río insolado con unas chozas montadas sobre unos pilotes, donde delgadas figuras desnudas, cuando pasaba remando, lo miraban amables o duramente en su silencio. El silencio es una vieja cerca que arde en el corazón de un niño.

Acompañado en su regreso al hogar entre fogatas en un claro abrasador cerca de la orilla de los bajíos de suaves labios cuyo rumor hería su palpitante corazón, mientras la curiara deslizaba su tosca cuña pintada hacia las desvencijadas varas de un embarcadero amarradas con bejuco.

El río mudaba su vieja piel como una serpiente bajo el sol candente que proseguía su dominio sobre este brazo del Congo; la proa encontró su pilote en el río y se frotó en él la nariz, como un cerdito que se topa con su ubre preferida en la marrana de dulce gruñido, y ahora cada mejilla dejaba correr su propio riachuelo

de cristalinas lágrimas, mientras Aquiles, llorando, amarraba la proa de la curiara, enjuagaba sus ojos con la palma seca de su mano, y sentía que una mano fuerte le ayudaba a subir al bamboleante embarcadero.

Y en este momento yo soy Aquiles, como escritor. Yo soy el héroe, el líder del poema. Entonces debo admitir a mis antepasados que no somos puramente africanos o puramente irlandeses o británicos, que ellos están totalmente fusionados, y esta es la experiencia del Caribe, tenemos más de un ancestro, más de un antepasado, eso es lo que quiero decir.

Una mitad de mí estaba con él; la otra con el guardia marino por un canal holandés. Pero ahora, ninguna era más feliz o infeliz que la otra.

Ahora, aquí reconoce a un viejo que viene en su dirección y comienza a ver en este hombre que viene, sus rasgos anteriores. Es como si estuviese enfrentado así mismo, caminando hacia sí mismo, puesto este hombre lleva sus propios rasgos. O sea, que es el nuevo mundo que se ve en el espejo del viejo mundo.

Un viejo le pasó el brazo por el hombro a Aquiles, y la vocinglera muchedumbre marchó detrás de ellos. Le tocaban los pantalones, la camiseta, le arañaban la textura con las manos, como un gatito hace con la ropa, hasta que llegaron ante una choza abierta. El sol se detiene con expectante silencio. El río para de hablar, así como, a veces el silencio apaga de pronto un mercado.

El viento se agazapaba en la hierba. Un hombre seguía caminando con pasos firmes hacia él, y supo por la manera de andar que era él mismo en su padre; los mismos dientes blancos, las mismas manos que se abrían.

Buscó sus propias facciones en las de quien le dio la vida y vio dos mundos allí reflejados; el cabello era la espuma que se enrosca alrededor de un escollo, la frente un río que frunce el ceño, mientras corrían por el estuario de un amor asombrado y el Tiempo se quedó parado entre los dos.

El único intérprete de la charla compartida de sus labios era el río con la espuma, y el chapoteo del agua bajo las varas del embarcadero, donde la tribu estaba parada como una hilera de pilotes invertidos por sus reflejos. Luego subieron al caserío, y pareció, mientras hablaban, que todo había sido ensayado siglos atrás. Pudo predecir el propósito de los gestos de su padre: estaba caminando con los muertos.

Las mujeres hicieron un alto en su labor, luego sonrieron al guerrero de regreso de su combate con el humo, y de regreso del reino donde había sido capturado; lloraban y eran felices.

Y ahora este encuentro se va a transformar un tanto, porque el padre no entiende el idioma del hijo y el hijo no entiende el idioma del padre, y entonces esto es lo que sucede en el nuevo mundo, se nos olvida el idioma de donde venimos, recordamos parcialmente el español o el yoruba, o lo que sea, pero sencillamente el olvido es parte de nuestra condena, y también la búsqueda continua es parte de nuestro destino, pero la gira que viene del viejo mundo hacia el nuevo mundo,

está basada en una mala interpretación, entonces en nuestros intercambios uno no entiende lo que el otro quiere decir.

Luego los pescadores se sentaron al pie de un árbol, rodeado de un círculo de piedras. Su padre dijo: Afolabe, tocándose el corazón.

En el lugar de donde vienes, ¿cómo te llaman?

La tribu susurra Aquiles. Luego igual que cedros al alba, los susurros se serenan.

Afolabe

Aquiles. ¿Qué significa ese nombre? Olvidé el que yo te había dado. Pero eso fue hace muchos años. ¿Qué significa ese nombre?

Un nombre tiene sentido. Las cualidades que uno quiere que un hijo tenga o una hija; porque de modo que hasta las sombras que te llamaron esperaban alguna virtud de ti, porque cada nombre es una bendición, ya que me acuerdo de lo que yo esperaba de ti cuando eras niño. A menos que el sonido no signifique nada. Entonces no serías nada. ¿Acaso creían que no eras nada en ese otro reino?

Pero bueno, Aquiles, si yo te señalara y dijera: Este es el nombre de este hombre, ese árbol y ese padre ¿acaso el sonido sería una sombra que te atraviesa el oído, sin la forma de un hombre, de ese árbol y ese padre? ¿Qué sería? (Y así como las ramas se mecen en el ocaso por temor a la amnesia, al olvido, la tribu comenzó a afligirse.)

Ningún hombre pierde su sombra a menos que sea de noche, pero aún entonces su sombra está oculta, no perdida. Con el brillo de la aurora, el hombre se alza con su propio nombre en esa luz.

Cuando baja al río con los demás pescadores su sombra se estira en la mañana y bosteza, pero tú, si no te importa no saber lo que significan nuestros nombre, entonces yo no soy Afolabe, tu padre, y tú miras por mi cuerpo como la luz a través de una hoja. No estoy aquí, sólo soy una sombra. Y tú, hijo sin nombre, eres sólo el fantasma de un nombre.

¿Por qué nunca me hiciste falta hasta que regresaste? ¿Por qué no me hiciste falta, hijo mío, sino hasta que estuviste perdido? ¿Acaso eres el humo de una hoguera que nunca ardió?

No había respuesta para eso, igual que en la vida. Aquiles asintió con la cabeza, las lágrimas nublaban sus ojos, donde se reflejaba el pasado lo mismo que el futuro. La blanca espuma le bajó la cabeza.